

siempre que sea presidida por tres circunstancias: sinceridad, interés y modernidad.» El manifiesto es tan ambicioso como ingenuo:

Proposición a todas las actuales publicaciones de gran venta, de la sustitución total de sus colaboradores funestos (que ni por un instante dejarían de percibir sus haberes) a cambio de la colaboración gratuita anónima que le proporcionarían los que estuviesen de acuerdo con este llamamiento.

J. J. Casal analiza, por último, las causas de la atonía del teatro español de la época. Comienzo por referirse al «ocaso benaventiano»: «el teatro de Benavente hállase formado casi exclusivamente con frases. Su renombrado aticismo... no pasa de ser una bastarda ironía... Tras de su eco quedará, al fin, la escoria de un pensamiento, truncado al nacer». La crítica se hace más dura con Linares Rivas y Martínez Sierra. Alaba a López Pinillos, «buen observador, que está construyendo un teatro serio en medio de toda la banalidad ambiente».

La causa fundamental de decadencia de nuestro teatro no radica en otro origen que en el de considerar el arte teatral como simplemente representativo de la realidad. Confúndense arbitrariamente naturaleza y realismo, y con ello da por fruto espontáneo la exposición de cuadros en los que la vida puede estar fielmente reflejada pero sin fundamentalidad. El arte ha de ser ficción y nunca realismo. Cuanto mayor sea el poder imaginativo de una obra artística, mayor será su valor intrínseco. No debe decirse en la visión de un cuadro dramático «¡Así es la vida!», sino «¡Así debiera ser la vida!».

Cuando aún está el número en prensa, el cónsul Casal tiene que regresar a su país. Cierra así el número esta notita: «J. J. Casal, uno de nosotros, ha retornado a su bello país, tras de una larga permanencia en esta tierra. Acaso su marcha sea decisiva, pero no por ello privará al lector de la suave fragancia de sus versos...» Prueba definitiva del papel rector que él desempeñaba en el grupo es el hecho de que la revista acabó su curso.

BOLETÍN Y REVISTA DE CASA AMÉRICA-GALICIA

Para entonces, sin embargo, había nacido en La Coruña una nueva revista de increíble porvenir. Exactamente en diciembre de 1920, la Asociación «Casa América-Galicia», que agrupaba los consulados de las distintas repúblicas americanas en la región, comenzó a editar un llamado *Boletín de Casa América-Galicia*, patrocinado fundamental-

mente por las casas consignatarias de buques y demás estamentos relacionados con la emigración. Muy modesta en sus comienzos, la publicación se proponía servir de lazo entre los emigrados y su región de origen; pero en la práctica se reducía a facilitar noticias sobre partidas de buques, puestos de trabajo, etc. En la biblioteca del Consulado de La Coruña se conservan algunos números de esta etapa. A partir del número 18, correspondiente a mayo de 1922, pasa a llamarse *América-Galicia*. «Revista comercial ilustrada hispanoamericana. Organó de publicidad de Casa América-Galicia.» Es a partir de entonces cuando comienza a interesarse por temas literarios, aunque más bien esporádicamente. Ya está de nuevo Casal en La Coruña. En el número 22 hay una fuerte crítica suya del libro *Ritmos nuevos*, de Juan Campora: «Un afán de innovación y un perder el tiempo, vagando por la senda trillada de unos cuantos ismos. Eso es todo.» Colaboran Juana de Ibarborou y Gabriela Mistral—que más tarde vendrá a La Coruña a visitar a Casal—, clamando por el americanismo de «Cantos de vida y esperanza». Los poemas de Núñez de Cepeda y de Casal son absolutamente clásicos. Sólo Montiel Ballesteros nos da en el número 23 un poema ultraísta, «Baedeker». Manuel Abril—«Pájaro libre y solo que por el azul vuelas, / paloma azul y blanca que te alejas de mí...»—o Munoa—«absorto ante los rayos del sol»—no aportan nada nuevo. El número 31 es ya definitivamente literario. Comienza Ramón Gómez de la Serna sus «Paisajes imaginarios de América» y aparecen Huberto Pérez de la Ossa, francisjamista retardado; Fernando Maristany, el conde la Fe y Valentín de Pedro. Destaca la participación de poetas canarios: Fernando González, con evocaciones bucólicas, y Félix Delgado, que publica «Poemas de la lejanía», también escriben dos hispanoamericanos; de ellos, Carmen Izcua (uruguaya), autora de unos versos muy ramonianos. Se veía en primer plano la mano de Casal. De un boletín noticioso de escaso interés se habían llegado a sentar las bases de una revista cultural de gran estilo. Esto fue *Alfar*.

«ALFAR». PRIMEROS NÚMEROS

Se usa el título por primera vez en el número 32, septiembre de 1923, en una edición llena de empaque: portada en cartulina, abundantes dibujos, fotografías, etc. En la reseña de la entidad «Casa América-Galicia» figura J. J. Casal como presidente; no aparece, sin embargo, expresamente como director de la publicación. Junto a un

poema de Díez-Canedo que rezuma ingenuo popularismo, «Trampolines», de Manuel Abril; ocupa toda una página con resabios ultraístas:

*Paseo indolente y nocturno
con un poco de spleen
por el Edén.
Astros voltaicos a lo largo del andén.
Pavimento especial,
mezcla de asfalto,
nácar y lapislázuli. Patente DOS MIL CIEN.*

Aparte de dos colaboraciones de Ramón Gómez de la Serna, cabría destacar, por lo representativo, unas líneas de Azorín, en las que solicita admiración y gratitud para los artistas y escritores de precedentes generaciones. En una nota titulada «El poeta de la ternura indeterminada», Benjamín Jarnés acusa a Cansinos Asséns de escribir poesía alejada de todo tiempo y lugar: «un poema escrito tan lejos de todo tiene el castigo de que nadie podrá acercarse a él». No es éste, sin embargo, el criterio de la revista. En el número 35, debajo de un retrato de Cansinos, hecho por el dibujante americano Barradas, se lee: «He aquí al enorme poeta que siempre desdeñó los ingenuos cascabeles de la rima fácil y gustó de escanciar su lirismo en el oro pesado de los cálices antiguos. Ofició—sumo sacerdote—en todas las misas juveniles del arte y sobre las blancas aras alzó la hostia de la emoción más fresca.» Esto pone de relieve que quienes colaboraban en la revista no tenían un criterio de grupo homogéneo; incluso bajo las mismas firmas se amparan opiniones titubeantes y casi contradictorias. En la sección «Libros», que cierra éste, en la práctica, primer número de *Alfar*, J. J. Casal elogia «Fervor de Buenos Aires», de Jorge Luis Borges—que colaborará ampliamente en adelante—, felicitándose de que quien «cuando *Grecia*, *Reflector* y *Ultra* desplegó banderas exóticas y un poco colegiales..., hoy es un poeta personal». En los números siguientes la nómina de colaboradores se amplía. En el 34 hay poesía gallega, firmas americanas—a los dibujos de Barradas se unen los grabados de Norah Borges—y aparece por vez primera la firma de César Vallejo en un poema titulado «Trilce»:

*Hay un lugar que yo me sé
en este mundo, nada menos,
adonde nunca llegaremos.*

*Donde, aun si nuestro pie
llegase a dar por un instante,
será en verdad, como no estarse.*

*En ese sitio que se ve
a cada rato en esta vida,
andando, andando de uno en fila.*

*Más acá de mí mismo y de
mi par de yemas, lo he entrevisto
siempre lejos de los destinos.*

*Ya podéis iros a pie
o a puro sentimiento en pelo,
que a él no arriban ni los sellos.*

*El horizonte color té
se muere por colonizarle
para su gran cualquierparte.*

*Más el lugar que yo me sé,
en este mundo, nada menos,
hombreado va con los reversos.*

*—Cerrad aquella puerta que
está entreabierta en las entrañas
de ese espejo. —¿Está? —No; su hermana*

*—No se puede cerrar. No se
puede llegar nunca a aquel sitio
—do van en rama los pestillos.
Tal es el lugar que yo me sé.*

París, 1923.

A los nombres de Pedro Garfias y Huberto Pérez de la Ossa se unen los de los coruñeses Yordi y González del Valle. En el 35 colabora Manuel Machado: «En sueños te conocí, / y del amor peregrino / he adivinado el camino / para llegar hasta ti.» Guillermo de Torre señala a Rimbaud como «un auténtico creador de imágenes y metáforas genuinamente creacionistas», y Antonio Marichalar evoca la reciente estancia de Jules Romains: «estábamos probablemente enturbiados, flojos y estragados también por las bebidas excitantes y artificiosas que servían a nuestra avidez los aprovechados de la confusión y de la pereza... La llegada de Romains... venía a ser inyección necesaria, oportuna, saludable». Al mismo tiempo, *Alfar* comienza en el número 36 a dar noticia de poetas extranjeros y presta atención, como ya queda insinuado, a la poesía nacional no castellana; así, en el mismo número de enero de 1924 se dedica amplio espacio al poeta Alfonso Maseras. En ese mismo número inicia Juan Chabás una sección periódica titulada «Crítica concéntrica», con un primer ensayo sobre Juan Ramón. Tras analizar sus diversas etapas, termina planteándose el problema de su inteligibilidad: «... Por ahí — ¡Dios mío, qué por ahí! —

van diciendo que no. Mas no es que no entiendan a Juan Ramón; ellos no se dan cuenta, pero es algo peor; es que no saben lo que sea entender. Siempre el que entiende puede decir: entiendo que aquí no hay nada que entender. Como en este caso no pueden decir esto, dicen que es ininteligible». Junto a los poemillas fáciles de Rivas Paredas nos tropezamos con una tensa colaboración poética de Jorge Luis Borges, inédita en volumen. Hela aquí:

ALEJAMIENTO

*Más allá de las casas del suburbio,
sórdidas como puños llenos de flaca ira,
por el campo espaciado
sobre el Tajo donde dos ríos
adunan sus pueblos de agua
cantando,
tu recuerdo ya doloroso
dio demasiadas veces resplandor a mi sombra,
su resplandor de quemazón que abrasa.*

*Negado por las cosas y negándolas,
caminé yo en tu recuerdo por esos campos
que sólo eran la certitud de tu ausencia.
Hoy me vino tu carta
embanderando con su claror mi jornada.
Tu carta me devuelve las campiñas
y la enhiesta arboleda que enriquece
con su soberbia de hojas el cielo atardecido:
Tierras que nunca viste!...*

Ginebra, 1923.

Hay un dibujo de Dalí, y Cansinos escribe en «Liturgias» una prosa barroca. Son destacables también unos versos de Casal, a mi juicio, de los mejores suyos, titulados «Los poemas de la madre», que se mueven entre una reminiscencia machadiana y el presagio de la nueva estética de la generación del 27: «En la tarde brumosa / la voz de un gallo abre / los caminos de sol / hacia el recuerdo... / ... Mi madre viene / en esta tarde gris por el camino claro del recuerdo.»

Cada número que sigue aporta nuevas colaboraciones de primer orden. Anticipo ya aquí que todas las colaboraciones de Antonio Machado en *Alfar*, hasta hace muy poco inéditas en gran parte en volumen, han sido puntualmente recogidas en la última, preciosa edición de Oreste Macrí: *Poesi di Antonio Machado* (Lerici, Milano; 3.^a edición, 1969). En el número 37 publica «El amor y la sierra» —«cabalgaba